

La ética tomista frente al paradigma científicista contemporáneo

Thomistic Ethics vs. the Contemporary Scientific Paradigm

Mag. David Hugo González
Universidad Nacional de Villa María

RESUMEN

En la tradición occidental ciencias y filosofía constituían una unidad de conocimientos. En este sentido, el filósofo de la ciencia E Agazzi, (1996), nos habla acerca de la raíz común del conocimiento científico-filosófico, el cual está basado en la actitud intelectual del hombre, frente a la realidad que lo circunda, consistente en querer saber *qué son las cosas y porqué*. Esta actitud espiritual del hombre, se encamina hacia una perspectiva de totalidad.

Sin embargo, a partir de Galileo, la ciencia experimental emerge como el único conocimiento en el sentido estricto del término. Los otros modos de los que el hombre se vale para conocer la realidad, quedan relegados a un segundo plano, como es el caso de la filosofía, la ética, la antropología etc. Este modo de pensar conduce a postular la autonomía absoluta de las ciencias, respecto a otro ámbito de saber humano, inclusive el plano de la ética.

En el presente trabajo se intenta mostrar el carácter ideológico-relativista de ésta posición intelectual, predominante en nuestros días, y con éste objetivo confrontamos éstas ideas, con la antropología y ética tomista, redescubriendo el valor de ésta como verdadera ciencia, y remediando así los excesos de autonomía.

PALABRAS CLAVE: ética; ciencia; ideología; fin; autonomía

ABSTRACT

In the Western tradition science and philosophy constituted a unit of knowledge. In this sense, the philosopher of science E Agazzi, (1996), tells us about the common root of scientific-philosophical knowledge, which is based on the intellectual attitude of man, in front of the reality that surrounds him, consisting of wanting to know *what*

things are and why. This spiritual attitude of man is directed towards a perspective of totality.

However, since Galileo, experimental science emerges as the only knowledge in the strict sense of the term. The other ways that man uses to know reality, are relegated to the background, as is the case of philosophy, ethics, anthropology etc. This way of thinking leads to postulate the absolute autonomy of the sciences, with respect to another field of human knowledge, including the plane of ethics.

In the present work we try to show the ideological-relativistic character of this intellectual position, predominant in our days, and with this objective we confront these ideas, with anthropology and Thomistic ethics, rediscovering the value of this as a true science, and thus remedying the excesses of autonomy.

KEYWORDS: ethics; science; ideology; purpose; autonomy

Introducción

En la cultura actual, tanto a nivel de la mentalidad general, como en el mundo académico, normalmente se entiende por ciencia, al conjunto de conocimientos que se obtienen a partir del método experimental. En este sentido, el saber acerca de la realidad queda limitado, a las ciencias de la naturaleza como la física, la biología, geología, la química, las ciencias médicas, la psicología etc. En el caso de las ciencias humanas, como la antropología, sociología, la política, también quedan comprendidas en el campo de los conocimientos científicos, en tanto se mantengan fieles al requisito de la objetividad, aceptado en el mundo de las ciencias empíricas.

El conocimiento obtenido por las ciencias experimentales, no es desde su origen un saber de tipo contemplativo, sino de naturaleza fundamentalmente pragmática. La finalidad es conseguir el dominio progresivo de la naturaleza. Es por esto que la ciencia moderna, está asociada íntimamente al desarrollo de la tecnología; y de allí se deriva el término tecnociencia.

En éste contexto, la filosofía, la metafísica, la ética, quedan reducidos a un modo de saber que están emparentados con la simple opinión, *doxa*, con el saber de experiencia, o el conocimiento vulgar.

Sin embargo, veremos en las páginas siguientes, que no se trata de contraponer el saber filosófico o ética al conocimiento científico, ni mucho menos hacer una crítica negativa a éste último. En todo caso la crítica es contra la ideología cientificista y a partir de allí, redescubrir las verdades que se desprenden de la ética de Santo Tomás de Aquino, que están destinadas a regir la conducta de los hombres.

Pasando al desarrollo del tema, en primer lugar procedemos a hacer un análisis de la ética y las ciencias en la contemporaneidad, para luego entrar directamente a la ética del Aquinate.

El origen anti-metafísico de las ciencias experimentales modernas

A partir de Galileo se produce definitivamente el cambio de perspectiva en el orden del conocimiento, dando lugar a un profundo cambio, a partir del cual nace un nuevo modelo epistemológico, un nuevo paradigma en el modo de hacer ciencia. En este sentido, el filósofo y físico italiano Evandro Agazzi denomina a la aparición de este nuevo enfoque, con el nombre de “revolución Galileana” y nos dice que:

La característica más importante que denota la nueva corriente de investigación y que la distingue de la antigua consiste en que la nueva ciencia, abandona la búsqueda de la esencia de las cosas, lo cual había constituido el móvil fundamental de toda indagación filosófica desde la edad clásica. (Agazzi, 1996, p 23)

Aquí este autor nos advierte del carácter decididamente no filosófico de la ciencia experimental, que la acompaña desde su origen. Desde este cambio de perspectiva respecto al conocimiento de la realidad, se toma distancia de la concepción tradicional de ciencia, y particularmente de los conceptos de Aristóteles y Tomás de Aquino.

El científico moderno y contemporáneo no hace ciencia para contemplar la realidad, sino que utiliza los conocimientos obtenidos de lo real, (de la naturaleza) para utilizarlos en su provecho. Más aún, teniendo en cuenta el carácter pragmático que caracteriza a la ciencia, por su unidad indisoluble con la tecnología.

Las proposiciones y las diferentes hipótesis de la ciencia, pasan a ser consideradas verdaderas, una vez superado el *control experimental*; y las investigaciones y observaciones de los fenómenos, deben contar con el requisito de la *exactitud*. Desde ésta perspectiva, no es posible conocer la esencia del hombre, no es posible conocer su ética, su religión etc.

Sin embargo, hasta Galileo, el saber acerca de la naturaleza no era un saber separado de la filosofía, sino que se integran naturalmente a ésta; del mismo modo la matemática. Al respecto nos dice Agazzi, que “La física y la matemática no se consideraban formas de saber científico que se pudieran clasificar al lado de la filosofía, sino como partes de la misma”. Es necesario hacer notar que la no separación, no significaba la identidad o confusión de conocimientos. Es un grave error en este sentido, considerar que antes del nacimiento de la ciencia experimental moderna, había una mezcla de saberes sin orden establecido; sino que por el contrario, “Se encontraban subordinadas jerárquicamente a las partes más nobles, es decir a la filosofía primera o metafísica (...) y eran consideradas filosofías segundas”. (Agazzi, 1996, p, 23)

Esta situación implicaba que ciencias y filosofía constituían una unidad de conocimientos. En esta dirección, el autor habla acerca de la raíz común del conocimiento científico-filosófico, el cual está basado en la actitud intelectual del

hombre, frente a la realidad que lo circunda, consistente en querer saber *qué son las cosas y porqué*. Esta actitud espiritual del hombre, se encamina hacia una perspectiva de totalidad.

Esta es justamente la posición de Tomás de Aquino, que en primer lugar establece un orden jerárquico entre los diferentes tipos de conocimientos, ubicando en el orden más elevado, a la metafísica, también llamada teología natural. Por esto es que cuando, "...se trata del conocimiento de las causas primeras, la ciencia que versa acerca de ellas ha de ser, por lo mismo, la más intelectual y, por ende, la rectora de las demás" (Caponnetto, 2021, p 5). En este sentido, las demás ciencias particulares, como la filosofía de la naturaleza, la psicología, o ciencia del alma, la antropología, etc; todas éstas, se encuentran subordinadas a la metafísica.

Y en lo que respecta a la definición de ciencia, el Aquinate, nos dice que es un conocimiento, verdadero y cierto que se dirige a conocer las causas de las cosas; que en el caso de la metafísica, se trata de conocer las causas primeras, y en el caso de las demás ciencias las causas segundas.

El escepticismo contemporáneo

Si bien la ciencia moderna, surgió desde el inicio separada de la filosofía, esto no significa que sus proposiciones no hubiesen alcanzado aunque sea parcialmente, algún grado de verdad en su campo de conocimiento específico. Esta crisis epistemológica acerca del alcance del saber científico sucedió en épocas posteriores, y forma parte de la crisis de relativismo generalizada, al que la misma ciencia no es ajena. El concepto de "verdad de las cosas", ha sido dejado de lado como afirma Josef Pieper, "...en la literatura filosófica de nuestros días no se encuentra, por lo general, tal término ni siquiera mencionado una sola vez." (1970, p, 76) En esta línea de pensamiento, la epistemología contemporánea, (filosofía de la ciencia), no es ajena a esta afirmación.

Redescubrir esta característica del método científico, como capaz de alcanzar proposiciones verdaderas, tiene mucha relevancia en el contexto actual. De hecho, en la epistemología de nuestros días, predomina una concepción de desconfianza, respecto a la verdad científica. Pero además de esto, hay que notar que la crisis de escepticismo, no se limita al reducido campo del saber científico, sino que impregna múltiples dimensiones de la cultura contemporánea. La vida moral del hombre a la que nos referimos en este trabajo, es una de estas dimensiones. Al respecto Max Horkheimer, (2002, p 17)), nos dice que, "la razón, en cuanto órgano para la comprensión de la verdadera naturaleza de las cosas y para el establecimiento de los principios directivos de nuestra vida, terminó por ser considerada anacrónica", y en la misma línea clarificando aún más este razonamiento nos dice que, "Nociones como las de justicia, igualdad, felicidad, tolerancia que, (...) en siglos anteriores son consideradas inherentes a la razón o dependientes de ella, han perdido sus raíces espirituales"(p, 20). Según el autor, el *ethos* o carácter del hombre contemporáneo, consiste en un descreimiento generalizado respecto, a la verdad en sí misma o a la capacidad del intelecto para alcanzarla. No solo la moral queda vaciada de contenido y de fuerza obligatoria, sino que también la ciencia (como vimos) pierde su compromiso

con la verdad. Este desinterés de las ciencias experimentales por alcanzar la verdad, respecto a sus objetos propios de investigación, desnaturaliza a la ciencia, renegando de su propio origen.

En este sentido, el planteo epistemológico propuesto por Agazzi, no es otra cosa que remontarse al origen de la ciencia experimental moderna, en la cual el concepto de verdad le resulta inherente. Es un contrasentido, hablar de conocimiento objetivo, sin que al mismo tiempo éste sea verdadero.

En referencia a la moral y la ciencia, nos dice Agazzi (1996, p,46) que la “objetividad parece indicar una especie de necesaria despersonalización y de ausencia de responsabilización en el científico, que impediría toda legitimidad de interferencias del juicio moral en cuestiones pertenecientes a la ciencia”. Se observa que, desde una perspectiva científicista, se desprenden con facilidad razonamientos arbitrarios con consecuencias negativas, a la hora de tener que abordar problemas de naturaleza moral, que paradójicamente, *no encuentran solución dentro de la misma ciencia*.

El científicismo en cuanto ideología, afirma de manera dogmática que la ética se reduce a un conjunto de opiniones y creencias que el hombre utiliza para conducirse en su vida pública o privada, pero que carecen de toda fuerza obligatoria. De acuerdo a ésta ideología, no es legítimo en el ámbito de la actividad científica, formular juicios éticos que restrinjan la autonomía de la ciencia. Por el contrario, se sostiene que en la medida en que las ciencias empíricas conquisten nuevos ámbitos de conocimientos, (Durkheim, 1985), los fenómenos (hechos) morales, serán absorbidos por ésta.

La modernidad, se caracteriza por un modo de pensar, que reposa en la idea de autonomía y todas las consecuencias que de esta concepción se desprenden. Ahora bien, las ideas por sí solas, no son suficientes para configurar e impregnar la cultura a la cual este hombre pertenece. Para esto es necesario que las creencias y valoraciones acerca de la autonomía, se transformen en motivo de decisión y acción. De esta manera la mentalidad moderna crea un modelo de vida, un modo de ser, que libera al hombre de todo principio ético universal que lo obligue en conciencia. En referencia a las ciencias, (Agazzi, 1996, p 21), “...la autonomía de los ámbitos particulares, llevada hasta el exceso, los arrastra a graves conflictos con otros ámbitos y valores de la existencia humana.” Uno de éstos ámbitos, es el ámbito de la ética. Por consiguiente, en medio de ésta ideología relativista, no queda resguardo para la dignidad humana. Los hechos demuestran que la dignidad resulta desconocida, abriendo el camino a prácticas como el aborto, la eutanasia, planteos como la ideología de género, el transhumanismo etc. Se impone por lo tanto, la necesidad de,

indagar en el interior de las realidades existencialmente vividas, pero que no pueden incluirse en la esfera de la sensibilidad, y que constituyen el ámbito de la moral, del deber ser, de los valores. Una vez más se trata de objetos que no se sustraen a la búsqueda humana, pero que hay que afrontar con una indagación de tipo metafísico” y en otra parte sigue diciendo en el mismo sentido que “La metafísica que atrae nuestra consideración es una metafísica del ser. (Agazzi, 2002, pp, 11-18)

El Aquinate, con su ética realista, es el máximo representante y exponente de esta “metafísica del ser” y es el remedio contra el cientificismo relativista.

La ética y el camino del hombre hacia su fin propio

Contrariando la ideología imperante, el filósofo tomista Josef Pieper (1989) nos dice que la moral, es mucho más que un conjunto de ideas u opiniones acerca de la conducta o elecciones personales; ya que en realidad, la ética es siguiendo a este autor, una verdadera doctrina que hace referencia a la *idea verdadera de hombre*. En el pensamiento del Aquinate, la ética es una disciplina científica, que hace referencia a un saber acerca del hombre, por lo que comparte su objeto material (sujeto) con la antropología. La especificidad de la ética como ciencia, está determinada por su sujeto (la acción humana), en cuanto realiza operaciones o acciones voluntarias tendientes a un fin, consistente en alcanzar la felicidad suprema (bienaventuranza).

Los actos que constituyen la vida moral del hombre, atañen a lo más propio y esencial de su naturaleza, en cuanto se refiere su dimensión espiritual y social (política). En cuanto es un ente dotado de espíritu racional, el hombre es capaz de dominarse a sí mismo y ser dueño de sus propios actos. Es por esto que, es en el ejercicio de los actos y decisiones morales, donde el hombre ejerce la libertad, en sentido propio. Al respecto nos dice el Aquinate que,

El hombre se diferencia de las criaturas irracionales en que es dueño de sus actos. Por eso sólo aquellas acciones de las que el hombre es dueño pueden llamarse propiamente humanas. El hombre es dueño de sus actos mediante la razón y la voluntad... (Santo Tomás de Aquino, 1989, I-II, C 1 a. 1.)

Desde éstas potencias espirituales, razón y voluntad en cuanto constitutivas de la naturaleza humana, es de donde emerge la específica dignidad del hombre en cuanto persona, que la diferencia de los demás seres vivos. Sin embargo, esta dignidad ontológica, necesita ser completada en la vida del hombre, a través de sus “acciones libres” comprensivas de su dimensión moral. Son éstas acciones las que pueden denominarse humanas en sentido estricto. Es así que, “...los actos son humanos cuando proceden de la voluntad deliberada, y el objeto de la voluntad es el bien y el fin; por tanto, es claro que el fin es el principio de los actos humanos...” (Santo Tomás de Aquino, 1989, II, C 1 a 3)

En el ejercicio de la razón práctica, la conducta moral del hombre es capaz de realizar una multiplicidad indefinida de acciones morales, que derivan en la complejidad de circunstancias singulares en medio de las cuales debe tomar decisiones. Sin embargo, más allá de ésta heterogeneidad de acciones, hay un elemento unificador de todo acto moral, que está dado por su objeto.

Cuando el hombre actúa, lo hace tendiendo por naturaleza a un fin, que consiste en la búsqueda del bien. Por lo tanto, el Aquinate, nos dice que el fin es el principio de toda acción moral. Y esto es así, más allá de que el fin, sea “lo último en el orden de la realización;” porque siempre es lo primero en el orden de la intención.

Por otro lado, Josef Pieper, (1989, pp 68-69) afirma que “La obra que resulta del obrar somos nosotros mismos” y agrega, “Las acciones morales del hombre no son manipulaciones, más o menos determinadas de antemano, encaminados a la fabricación de una obra técnica, sino los pasos que le llevan a la realización de sí mismo.” La ciencia experimental, en su doble dimensión de conocimiento y actividad, no mira al hombre interior, con un alma espiritual, sino que se concentra en fenómenos empíricos del mundo exterior. Está emparentada con el bien útil y no con el bien honesto, que es lo propio de toda acción moral.

De este modo, la ciencia puede ser autónoma en su campo propio de conocimiento, pero en cuanto también es una actividad, que encarna la acción humana, no puede ser autónoma en éste sentido frente al mundo de las exigencias éticas que en justicia, corresponden al hombre por naturaleza.

Solamente a través de la virtud de la prudencia, en cuanto es la madre de la demás virtudes y puente entre el saber especulativo y práctico, el hombre es capaz de tomar decisiones justas, en relación a los demás. Una persona que quiera cambiar su identidad sexual, basándose en evidencias científicas, está desconociendo su verdadera naturaleza y dimensión moral, y por lo tanto no es una persona que encarne el saber prudencial, frente a una decisión tan radical como en este caso. En el caso de una decisión, en favor del aborto, es una falta contra la virtud moral de la justicia, en cuanto niega al prójimo y lo desconoce en tanto que es otro.

En ambos casos detrás de ambas decisiones, hay un desconocimiento del principio general de la *sindéresis*, y una ignorancia de la verdadera naturaleza del hombre, de su fin último, etc. Incluyendo necesariamente también, en el caso del saber prudencial, una ignorancia de las circunstancias que rodean a la situación concreta, y es en este sentido que se habla de imprudencia y al mismo tiempo de injusticia.

Y aunque en el primer caso que mencionamos, pareciera no haber falta contra la justicia, en tanto el sujeto hace referencia a sí mismo, la realidad es que también aquí, la justicia resulta comprometida. Es que en realidad, (Pieper, 1989) el orden moral, siempre hace referencia al otro, aún en las decisiones de orden privado. También en éstas según el Aquinate resulta en cierto grado comprometido el bien común, ya que en el caso de las acciones privadas, el otro que tiene en mira la justicia, es la comunidad.

Conclusión

Como síntesis conclusiva, debe quedar en claro que el saber científico-experimental, que es cultivado por las diferentes disciplinas científicas, si bien gozan de la suficiente autonomía en sus diferentes campos conocimientos específicos, ésta sin embargo, “siempre es relativa”. Así por ejemplo la neurociencia, la genética, etc. en sus campos de investigación circunscriptos, no se admiten interferencias de ninguna naturaleza, en resguardo de su sana autonomía. Ahora bien, cuando se sale del plano cognoscitivo para pasar al plano de la actividad científica (acción humana), entonces la ciencia deja de ser autosuficiente, frente a las legítimas exigencias humanas de orden moral. En este caso nos referimos a la ética tomista con todos sus aportes y riquezas.

El cientificismo como ideología, postula por el contrario que la ciencia experimental moderna, desde su nacimiento y en forma progresiva fue conquistando nuevos ámbitos de investigación que antes estaban solamente reservados al saber filosófico. De este modo se considera a la ciencia con la capacidad de dar todas las respuestas que el hombre necesita, incluso siendo capaz de resolver de orden moral. De éste conjunto de dogmas de carácter ideológico-cientificista, se deriva una visión del mundo y del hombre que conducen al camino del relativismo moral vigente, en el que las palabras dignidad, justicia, quedan vaciadas de contenido.

Contrariando estas ideologías y siguiendo a Santo Tomás, resulta en primer lugar que la filosofía es insustituible. La pregunta por la naturaleza de las cosas y sus esencias no se puede suprimir, sino a costa de suprimir al hombre mismo. La ética tomista es capaz de ofrecer directivas concretas frente a los dilemas morales que emergen de la actividad científica. En este sentido, solamente recurriendo a la virtud de la prudencia y la justicia, es posible proteger la vida de la persona por nacer, previniendo el drama del aborto o de la eutanasia al final de la vida. Y en otro orden la ética del Aquinate, también nos ofrece luz suficiente, frente a ideología de género y sus derivaciones etc.

Una ética como la que nos ofrece Santo Tomás, es la base sólida para fundar una verdadera bio-ética, previniendo del peligro de quedarnos solamente con el nombre (bio-ética), pero sin una ética fundante, como suele suceder frente a decisiones tomadas por especialistas que bio-ética, que a veces resultan arbitrarias.

BIBLIOGRAFÍA

- Agazzi E, (1996) *El bien el mal y la ciencia: las dimensiones éticas de la empresa científico-tecnológica*, Madrid, Tecnos.
- Agazzi E, (1996) "Racionalidad y ciencia para el futuro del ser humano", *Contrastes: Revista internacional de filosofía*, (1).
- Agazzi, E. (2002). "Metafísica y racionalidad científico-técnica". *Contrastes. Revista Internacional de Filosofía*.
- Caponnetto (2021) "Ética", Universidad Fasta.
- Durkheim, E. (1985). *Las reglas del método sociológico* (Vol. 86). Ediciones Akal.
- Horkheimer, M., Murena, H. A., & Vogelmann, D. J. (2002). *Crítica de la razón instrumental*. Madrid: Trotta.
- Pieper, J. (1976). *Las virtudes fundamentales*. Ediciones Rialp, SA.
- Pieper, J. (1970). *La verdad de las cosas, concepto olvidado*. *Revista Universitas*, 7(4).
- Santo Tomás de Aquino, (1989), *Suma de Teología II*, Biblioteca de autores cristianos.